

Carta de la maga a bebé Rocamadour de Rayuela, de Julio Cortázar



Dramaturgia de JOSÉ SANCHIS SINISTERRA

PERSONAJES:

HORACIO OLIVEIRA
OSSIP GREGOROVIVUS
LA MAGA

LA acción transcurre en París, años 50.
Un modesto apartamento de la Rue Sommerard.
Escasos muebles heterogéneos: entre ellos, una cama.
Un biombo disimula lo que parece acceso a otra zona.
A través de un ventanal se adivina un cielo gris, quizás crepuscular.
En primer término, a un lado del proscenio, la puerta del apartamento, iluminada por la sórdida lámpara del descansillo; en el suelo, ante ella, una pequeña estera.

(Se escucha, lejana, la música de un acordeón que interpreta un típico vals parisino. El interior del apartamento está en sombras. Se enciende la luz del descansillo, sobre la puerta, y al poco llega ante ella HORACIO, cubierto con una gabardina. Saca del bolsillo unas llaves, busca una de ellas, va a abrir la puerta, se detiene, mira la llave y la puerta. Respira hondo. Busca en sus bolsillos y encuentra un paquete de cigarrillos y un encendedor. Enciende éste y, cuando va a prender el cigarrillo, se escucha su voz en «off»:)

VOZ HORACIO.— Toco tu boca... Con un dedo toco el borde de tu boca... Voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabiera... y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar...

(Prende el cigarrillo y comienza a fumar, apoyado en la puerta. Tras una pausa, la Voz prosigue su evocación:)

Hago nacer cada vez la boca que deseo... la boca que mi mano elige y te dibuja en la cara... una boca elegida entre todas... con soberana libertad elegida por mí... para dibujarla con mi mano en tu cara... y que por un azar que no busco comprender... coincide exactamente con tu boca que sonrío... por debajo de la que mi mano te dibuja...

(Silencio.)

Las bocas se encuentran y luchan tíbicamente, mordiéndose con los labios, apoyando apenas la lengua en los dientes, jugando en sus recintos, donde un aire pesado va y viene, va y viene, va y... con un perfume viejo y un silencio...

(Silencio.)

Entonces mis manos buscan hundirse en tu pelo... acariciar lentamente la profundidad de tu pelo... mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores... o de peces... de movimientos vivos... de fragancia oscura... Y si nos mordemos, el dolor es dulce... y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento... esa instantánea muerte es bella...

(Silencio. Por la ventana va entrando una débil claridad que ilumina el interior del cuarto.)

Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura... y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua...

(HORACIO tira su cigarrillo al suelo y lo pisa. Resuelto, toma de nuevo las llaves, abre la puerta y entra en el apartamento. Ha aumentado la luz, y ahora se advierte la presencia de OSSIP sentado en el suelo, apoyado en la cama, que le mira sorprendido con un diario en las manos.)

HORACIO.— *(Reparando, a su vez, en OSSIP.)* Vaya... *(Silencio.)* Ossip Gregorovius...

OSSIP.— No sabía que tenías una llave... *(Silencio.)*

HORACIO.— Supervivencias... Te la daré, ahora que eres el dueño de la casa *(Intenta sacar una llave del llavero.)*

OSSIP.— Por un tiempo, solamente. Aquí hace demasiado frío... y además, hay que tener en cuenta al viejo de arriba. Esta mañana golpeó cinco minutos, no se sabe por qué...

HORACIO.— *(Cerrando la puerta tras sí.)* Inercia... Todo dura siempre un poco más de lo que debería... Yo, por ejemplo: subir estos pisos, sacar la llave, abrir... *(Va hacia la ventana para abrirla.)* Huele a cerrado, aquí...

OSSIP.— Un frío espantoso... Hubo que tener abierta la ventana cuarenta y ocho horas después de... de las fumigaciones...

HORACIO.— *(Queda de espaldas, sin abrir la ventana. Silencio.)* ¿Y estuviste aquí todo el tiempo? *(OSSIP se encoge de hombros.)* Qué tipo tan caritativo...

OSSIP.— No era por eso... Tenía miedo de que alguno de la casa aprovechara para instalarse en el cuarto y hacerse fuerte. Lucía me dijo una vez que la propietaria es una vieja loca... y que varios individuos no pagan nada desde hace años...

HORACIO.— *(Examina el cuarto.)* Total, que te instalaste como un bacán... Chapeau, mon vieux... *(Irónico gesto de congratulación.)* Espero que no me habréis tirado el mate a la basura... *(Se quita la gabardina y la deja en una silla.)*

OSSIP.— Oh, no... Está ahí, en la mesa de luz, entre las medias... Ahora hay mucho espacio libre...

HORACIO.— Así parece... A la Maga le ha dado un ataque de orden. No se ven los discos ni las novelas... *(Saca la hierba y el mate y empieza a cebar despacio, mirando a un lado y a otro.)* Así que se fue... *(OSSIP asiente.)* Y te dejó el cuarto...

OSSIP.— Ella sabía que yo estaba pasando por una situación... delicada. Mi tía abuela ha dejado de pasarme la pensión, probablemente ha fallecido... Y Lucía me ofreció compartir el cuarto... después que tú anun-

ciaste que te ibas. (*Silencio.*) Yo no sabía si aceptar, pero ella insistió.

HORACIO.— Eso no encaja demasiado con su partida.

OSSIP.— Pero todo eso era antes... (*Se interrumpe.*)

HORACIO.— ¿Antes de... las fumigaciones?

OSSIP.— Exactamente.

HORACIO.— (*Le mira un momento y emite una risilla sarcástica.*) Te sacaste la lotería, Ossip...

OSSIP.— (*Evidentemente incómodo, se pone a buscar algo.*) Es muy triste... Todo podía haber sido tan diferente...

HORACIO.— No te quejes, viejo. Una habitación de cuatro por tres y medio, a cinco mil francos mensuales, con agua corriente...

OSSIP.— (*Encarándose, inquieto, con HORACIO.*) Yo quisiera que la situación quedara aclarada entre nosotros, Horacio... Este cuarto...

HORACIO.— (*Le interrumpe, ofreciéndole mate.*) No es mío, duerme tranquilo. Y la Maga se ha ido.

OSSIP.— De todos modos...

HORACIO.— ¿Adónde? (*OSSIP no comprende.*) ¿Adónde se ha ido?

OSSIP.— (*Evasivo, le devuelve el mate y sigue buscando.*) Habló de Montevideo...

HORACIO.— No tiene dinero para eso.

OSSIP.— Habló de Perugia...

HORACIO.— (*Intercepta su trayecto.*) Dime bien clarito dónde está.

OSSIP.— ¡No tengo la menor idea, Horacio!... El viernes llenó una maleta con libros y ropa, hizo montones de paquetes, y después vinieron dos negros y se los llevaron... Me dijo que yo me podía quedar aquí... y como lloraba todo el tiempo, no creas que era fácil entenderla...

HORACIO.— Me dan ganas de romperte la cara...

OSSIP.— ¿Qué culpa tengo yo?

HORACIO.— No es cuestión de culpa... (*Silencio. Transición.*) Eres dostoieskianamente asqueroso... y simpático a la vez, Ossip... Cuando te sonríes así, uno comprende que no hay nada que hacer.

OSSIP.— Oh, yo estoy de vuelta... Tú eres

como yo, y por eso no me vas a pegar... (*Ante el gesto de HORACIO:*) No me mires así: no sé nada de Lucía... Uno de los negros va casi siempre al café Bonaparte, lo he visto... A lo mejor te puede informar... Pero... ¿para qué la buscas, ahora?

HORACIO.— Explica eso de «ahora»...

OSSIP.— (*Se encoge de hombros y cambia de tema, mientras reanuda su búsqueda.*) Fue un velatorio muy digno... Sobre todo después de que nos sacamos de encima a la policía... Tu ausencia provocó comentarios contradictorios: el Club te defendía, pero los vecinos y el viejo de arriba...

HORACIO.— ¡No me digas que el viejo vino al velorio!

OSSIP.— Bueno... No sé si puede llamarse velorio... Nos permitieron guardar el... el cuerpecito hasta el mediodía. (*Encuentra sus gafas y las limpia.*)

HORACIO.— Me imagino el cuadro... Pero no veo razón para que la Maga se largue sin decir nada. (*Toma una pequeña escultura de alambre y juguetea con ella.*)

OSSIP.— Ella se imaginaba todo el tiempo... que tú estabas con Pola.

HORACIO.— (*Tras una pausa.*) Ça alors...

OSSIP.— Ideas que se hace la gente... (*Silencio.*) Ahora que nos tuteamos... por tu culpa... se me hace más difícil decirte algunas cosas...

HORACIO.— Bien se puede tutear al tipo que se ha estado acostando con tu mujer.

OSSIP.— ¡Me cansé de decirte que no era cierto!... Además de que Lucía... no es tu mujer...

HORACIO.— Bueno, ya averiguaré dónde se ha metido. No andaré lejos...

OSSIP.— Ésta será siempre su casa... Porque no puede ser cierto que se haya ahogado...

HORACIO.— (*Inmóvil, tras una larga pausa.*) ¿Leíste alguna cosa en el diario?

OSSIP.— Los datos no corresponden para nada... (*Señalando.*) Ahí está, encima de la cama... (*Horacio toma el diario y busca en él.*) Rubia, de unos cuarenta y dos años... No coinciden para nada...

HORACIO.— (*Arroja el diario.*) ¡Qué estu-

pidez, pensar que... ! Aunque, claro... ¿Hizo alguna insinuación de que se iba a...? (*Busca algo en un mueble.*)

OSSIP.— Bueno... las mujeres, ya se sabe...

HORACIO.— Concretamente.

OSSIP.— No creo. Insistía en lo de Montevideo.

HORACIO.— Es idiota. No tiene un centavo... (*Saca una botella vacía.*) ¿Te tomaste toda la caña?

OSSIP.— Ya sabes: el velatorio...

HORACIO.— Sí, claro: el cuerpecito... (*Se tumba en la cama y hojea el diario.*)

OSSIP.— Ronald bebió como un animal. Estaba realmente apenado... Pero el relojero del sexto trajo una botella de aguardiente, y alcanzó para todos...

HORACIO.— ¿Vino mucha gente?

OSSIP.— A ver... Estábamos los del Club, menos tú, el relojero, la portera y la hija, una señora que parecía una polilla, el cartero, que se quedó un rato... y los de la policía, que olfateaban el infanticidio...

HORACIO.— Me extraña que no quisieran hacerle la autopsia...

OSSIP.— Hablaron de eso... Pero Babs armó una, y Lucía... Vino una mujer, estuvo mirando y tocando el bebé... pero al final nos dejaron tranquilos. (*Se calla.*)

HORACIO.— (*Que sigue con el diario.*) Yo te escucho, aunque no lo parezca... Sigue contando. Estoy muy conmovido. No se nota, pero puedes creerme. Te escucho...

OSSIP.— (*Tras una pausa.*) Tú escondes el juego.

HORACIO.— ¿Qué quieres decir? (*Deja el diario.*)

OSSIP.— No sé... Desde que te conozco, no haces más que buscar... Pero uno tiene la sensación de que ya llevas en el bolsillo lo que andas buscando.

HORACIO.— Los místicos han hablado de eso... aunque sin mencionar los bolsillos.

OSSIP.— Y, entretanto, le estropeas la vida a una cantidad de gente.

HORACIO.— Consienten, viejo, consienten... No les hacía falta más que un empujoncito, paso yo... y listo. Ninguna mala intención. (*Va a la ventana.*)

OSSIP.— ¿Y qué buscas con eso, Horacio?

HORACIO.— (*Tras una pausa.*) Derecho de ciudad.

OSSIP.— ¿Aquí, en París?

HORACIO.— Es una metáfora... Y como París es otra metáfora, me parece natural haber venido para eso.

OSSIP.— Pero, ¿y Lucía? ¿Y Pola?

HORACIO.— ¿Ellas no buscan también su contento? Y tú, tan puritano, ¿no te has colado aquí gracias a una meningitis, o lo que le hayan encontrado al chico?... Menos mal que ni tú ni yo somos cursis, porque de aquí salía uno muerto y el otro con las esposas puestas... Pero ni siquiera nos detestamos, se está tan abrigado en este cuarto... (*Se tumba en la cama.*)

OSSIP.— (*Tras una pausa.*) Tú escondes el juego...

HORACIO.— Aclara, hermano. Me harás un favor.

OSSIP.— ¿Derecho de ciudad?... ¿Dominio de ciudad! Y tu resentimiento: una ambición mal curada... Viniste aquí para encontrar tu estatua esperándote al borde la Place Dauphine... Lo que no entiendo es tu técnica... La ambición, ¿por qué no?... Pero todo lo que te he visto hacer ha sido lo contrario de lo que hubieran hecho otros ambiciosos...

HORACIO.— Ah... Parece que a ti los ojos te sirven para algo...

OSSIP.— ...Exactamente lo contrario, pero sin renunciar a la ambición. Y eso no me lo explico.

HORACIO.— Oh, las explicaciones, ya sabes... Todo es muy confuso... Digamos que eso que llamas ambición no puede fructificar más que... en la renuncia. ¿Te gusta la fórmula? (*Del cajón de la mesa de luz saca unos papeles y un libro.*)

OSSIP.— ¿Un... renunciamiento laico, quieres decir?

HORACIO.— Tampoco. No renuncio a nada. Simplemente, hago todo lo que puedo para que las cosas... renuncien a mí. (*Hojea sin aparente interés los papeles.*)

OSSIP.— ¿Una ambición de... tabla rasa y vuelta a empezar, entonces?

HORACIO.— Un poquitito, una nadita de eso, un chorrito apenas...

OSSIP.— Tú y los otros: el Club... ¡Qué pandilla, madre mía! Ladrones de eternidad, embudos del éter, puercos astrales...

HORACIO.— Me honras con esas calificaciones.

OSSIP.— Mis alquimias son mucho menos sutiles que las vuestras: a mí, lo único que me interesa es la piedra filosofal. Una bico-ca, al lado de lo tuyo...

HORACIO.— Hacía tanto tiempo que no teníamos una buena charla metafísica, ¿eh? Ya no se estila entre amigos, resulta snob... Se está bien aquí contigo...

OSSIP.— En realidad, podríamos haber sido amigos... si hubiera algo de humano en ti... (*Horacio ríe.*) Me sospecho que Lucía te lo debe de haber dicho más de una vez. (*Le quita los papeles y los deja sobre la mesa de luz.*)

HORACIO.— Cada cinco minutos, exactamente... El juego que le puede sacar la gente a la palabra «humano»... Pero, la Maga, ¿por qué no se quedó contigo, que resplandesces de humanidad?

OSSIP.— (*Sencillamente.*) Porque no me quiere.

(*Silencio.*)

HORACIO.— (*Se levanta de la cama y pasea por el cuarto.*) Y ahora se va a volver a Montevideo, y va a recaer en esa vida de...

OSSIP.— A lo mejor se fue a Lucca... En cualquier lado estará mejor que contigo. Lo mismo que Pola, y que yo, y los demás... (*HORACIO se detiene.*) Perdona la franqueza.

HORACIO.— (*Jovialmente.*) ¡Pero si está muy bien, Ossip! ¿Para qué nos vamos a engañar? No se puede vivir cerca de un titiretero de sombras, de un domador de polillas... Yo, con mis candados y mis llaves de aire... Yo, que escribo con humo... Ya va siendo hora de que me dejen solo, solito solo. La próxima vez que me encuentres en la calle, no me conozcas.

(*La luz de entra por la ventana ha ido decreciendo. OSSIP enciende la luz eléctrica y HORACIO cesa de golpe su histriónica gesticulación. Queda deslumbrado, aunque la luz es débil.*)

OSSIP.— (*Tras una pausa.*) Estás loco, Horacio... Estás estúpidamente loco, porque te da la gana... Yo me voy, tú haz lo que quieras... No estás en tu casa, pero como nada tiene realidad y hay que partir de la nada... Bajo a comprar una botella de aguardiente...

(*Va a ponerse el abrigo y le interrumpe la airada vehemencia de HORACIO.*)

HORACIO.— ¡¿Por qué le voy a tener lástima?! (*Toma violentamente los papeles.*) ¿Por qué encuentro una carta a su hijo que en realidad es una carta para mí? ¡Yo, Horacio Oliveira, autor de las cartas completas a Rocamadour!... (*Se calma de golpe.*) Ninguna razón para la lástima. Se va a arreglar perfectamente sin mí... y sin Rocamadour... ¿Cómo le puedes tener lástima a una gata, a una leona?... Máquinas de vivir, perfectos relámpagos... Mi única culpa es no haber sido lo bastante combustible para que a ella se le calentaran a gusto las manos y los pies... Pobrecita, ¡carajo!... (*Toma el libro.*) Y las cosas que lee... Una novela mal escrita y, para colmo, una edición infecta... Uno se pregunta cómo puede interesarle algo así... (*Hojea el libro.*) Pensar que se ha pasado horas enteras devorando esta sopa fría y desabrida... Me imagino que después de tragarse cinco o seis páginas uno acaba por engranar y ya no puede dejar de leer, un poco como no se puede dejar de dormir o de mear...

(*Queda un momento leyendo en silencio. OSSIP termina de ponerse el abrigo, le mira y sale, cerrando la puerta tras de sí. HORACIO le mira también y sigue leyendo.*)

«Gozar del calor de la familia»... Ésta es buena, joder, sí que es buena...

(*OSSIP queda un momento ante la puerta, luego atraviesa el proscenio, repara en el público, se detiene, lo mira y sale.*)

Ah, Maga... ¿cómo podías tragar esta sopa fría?... Cuántas horas leyendo estas cosas, probablemente convencida de que eran la vida... Y tenías razón: son la vida, por eso hay que acabar con ellas... (*Arroja el libro al suelo y enciende un cigarrillo.*) Y algunas tardes, cuando me había dado por recorrer, vitrina por vitrina, toda la sección egipcia

del Louvre, y volvía deseoso de mate y de pan dulce, te encontraba pegada a la ventana, con un novelón espantoso en la mano... y a veces hasta llorando, sí, no lo niegues. Llorabas porque acababan de cortarle la cabeza a alguien, y me abrazabas con toda tu fuerza... Y querías saber adónde había estado, pero yo no te lo decía porque eras una carga en el Museo, no se podían andar contigo al lado, tu ignorancia era de las que estropeaban todo goce, pobrecita... Y en realidad la culpa de que leyeras novelones la tenía yo, por egoísta... Tú estabas convencida de que te estabas cultivando una barbaridad, y de que esas lecturas te permitirían comprender el micro y el macrocosmos... No había manera de hacerte comprender que así no llegarías nunca a nada, que había cosas que eran demasiado tarde y otras que eran demasiado pronto... Y estabas siempre tan al borde de la desesperación en el centro mismo de la alegría y el desenfado... había tanta niebla en tu corazón desconcertado... No, conmigo no podías contar para eso: te miraba simplemente leer tus novelas, y tú esperabas que yo me sentara a tu lado y te alentara, que hiciera lo que toda mujer espera que un hombre haga con ella: le arrolle despacito un cordel en la cintura y... ¡zas!... la mande zumbando y dando vueltas, le dé el impulso que la arranque de su tendencia a tejer pulóvers o a hablar, hablar interminablemente de las muchas materias de la nada... *(Se incorpora, pasea por el cuarto y se detiene junto al libro, moviéndolo con el pie.)* Me pregunto si verdaderamente te metías en la trama de esta novela, o si te servía de trampolín para irte por ahí, a tus países misteriosos... que yo te envidiaba vanamente, mientras tú me envidiabas mis visitas al Louvre, que debías sospechar, aunque no dijeras nada... *(Mira a su alrededor.)* Y así nos íbamos acercando a esto que tenía que ocurrirnos un día, cuando comprendieras plenamente que yo no te iba a dar más que una parte de mi tiempo y de mi vida... *(Apaga la luz eléctrica y queda mirando la claridad que penetra por la ventana.)* Pero qué hermosa estabas en la ventana, con el gris del

cielo posado en un mejilla, las manos sosteniendo el libro, la boca siempre un poco ávida, los ojos dudosos... Había tanto tiempo perdido en ti, eras de tal manera el molde de lo que hubieras podido ser bajo otras estrellas, que tomarte en los brazos y hacerte el amor se volvían una tarea demasiado tierna, demasiado lindante con la obra pía... Y ahí me engañaba yo, me dejaba caer en el imbécil orgullo del intelectual que se cree equipado para entender... Equipado para entender... Dan ganas de reírse, Maga... *(Da un puntapié al libro y comienza a caminar por el cuarto.)* ¿Dónde estarás? ¿Dónde estaremos desde hoy, dos puntos en un universo inexplicable, cerca o lejos, dos puntos que crean un línea, dos puntos que se alejan y se acercan inexplicablemente?... Pero no te explicaré eso que llaman movimientos brownoides, por supuesto no te los explicaré... Y sin embargo los dos, Maga, estamos componiendo una figura, tú un punto en alguna parte, yo otro en alguna parte, desplazándonos, tú ahora a lo mejor en la rue de la Huchette, yo ahora en tu cuarto vacío, mañana tú en la Gare de Lyon y yo en la rue du Chemin Vert... y poquito a poco, Maga, vamos componiendo una figura absurda, dibujamos con nuestros movimientos una figura idéntica a la que dibujan las moscas cuando vuelan en un cuarto, de aquí para allá, de allá para aquí... Eso es lo que se llama movimiento brownideo, ¿entiendes?... Un ángulo recto, una línea que sube, del fondo al frente, hacia arriba, hacia abajo, frenando en seco y arrancando en el mismo instante en otra dirección... *(Se detiene.)* Y todo eso va tejiendo un dibujo, una figura, algo inexistente como tú y como yo, como los dos puntos perdidos en París que van de aquí para allá, de allá para aquí haciendo su dibujo, danzando para nadie, ni siquiera para ellos mismos, una interminable figura sin sentido...

(La iluminación se transforma, haciéndose más viva. Desde detrás del biombo llega también luz, así como sonidos, entre ellos el llanto apagado de un niño y la voz de LA MAGA que canturrea una canción. HORACIO

se quita la chaqueta y saca, de debajo de la cama, un tocadiscos y algunos discos de jazz. Se sienta en el suelo, junto a la ventana, conecta el aparato y va clasificando los discos.)

VOZ MAGA.— Rocamadour tiene fiebre, Horacio... Le voy a dar un cuarto de aspirina...

HORACIO.— Si consigues que la trague, eres más grande que Ambrosio Paré... Ven a tomar un mate: está recién cebado...

(Desde detrás del biombo entra LA MAGA cubierta por una bata y con un collar de bisutería. Atraviesa el cuarto y sale por el lateral opuesto.)

¿De dónde sale ese collar?

VOZ MAGA.— Me lo dio Ossip... Era de su madre, la de Odessa...

HORACIO.— (Tras una pausa.) Siempre sospeché que acabarías acostándote con él... En fin, de todos modos me podíais haber avisado... Ahora voy a tener seiscientos francos de taxi para llevarme mis cosas a otro lado. Y conseguir un cuarto, que no es fácil en esta época...

LA MAGA.— (Entrando con un vaso de agua, una cucharilla, un tubo de aspirinas y una palangana vacía.) No tienes por qué irte... (Cruza el cuarto y sale por detrás del biombo.) ¿Hasta cuándo vas a seguir imaginando falsedades? Yo no me he acostado para nada con Gregorovius...

HORACIO.— Sí que te has acostado.

VOZ MAGA.— No, Horacio... ¿Por qué no te lo iba a decir? Desde que te conocí, no he tenido otro amante que tú.

HORACIO.— Bueno, bueno... Será que tu hijo te cambia, entonces... Desde hace días estás convertida en lo que se llama una madre...

LA MAGA.— (Entra con la palangana llena de pañales infantiles sucios.) ¡Pero Rocamadour está enfermo!...

HORACIO.— Más bien sí... (LA MAGA cruza el cuarto y sale por el lateral opuesto.) Qué quieres, a mí los cambios me parecieron de otro orden... (Se escucha sonido de agua. HORACIO pone a sonar un disco, enciende un cigarrillo y toma mate, pensativo. Entra LA

MAGA y comienza a tender los pañales lavados por el cuarto. HORACIO la mira.) En realidad, ya no nos aguantamos demasiado...

LA MAGA.— (Sin dejar su tarea.) Tú eres el que no me aguantas, Horacio... Tú eres el que no aguantas a Rocamadour...

HORACIO.— Eso es cierto: el chico no entraba en mis cálculos. Tres es un mal número dentro de un cuarto. Pensar que con Ossip ya somos cuatro...

LA MAGA.— ¡El no tiene nada que ver!

Horacio.— (Por el mate.) ¿Y si calentaras la pavita?

LA MAGA.— No tiene nada que ver... ¿Por qué me haces sufrir? Ya sé que estás cansado, que no me quieres... Nunca me quisiste, era otra cosa: una manera de soñar... Vete, Horacio: no tienes por qué quedarte. A mí ya me ha pasado tantas veces...

HORACIO.— Tantas veces... Para la autobiografía sentimental eres de una franqueza admirable.

LA MAGA.— Es justo que una le diga a un hombre cómo ha vivido, si le quiere...

HORACIO.— (Se levanta y va a besarla.) Eres maravillosa, con Rocamadour y todo...

LA MAGA.— ¿De qué me sirve que digas eso? (Se deja besar, llorosa.)

HORACIO.— A mí me sirve.

LA MAGA.— Sí, a ti te sirve... A ti todo te sirve para lo que andas buscando...

HORACIO.— Querida: las lágrimas estropean el gusto del mate, es sabido.

LA MAGA.— A lo mejor también te sirve que yo lllore... (Le rechaza.)

HORACIO.— Sí, en la medida en que me reconozco culpable.

LA MAGA.— Vete, Horacio: será lo mejor... (Y desaparece tras el biombo.)

HORACIO.— (Va a sentarse en un viejo sillón.) Sí... Probablemente... Fíjate que, si me voy ahora, cometo algo que se parece al heroísmo... Es decir, que te dejo sola, sin dinero y con tu hijo enfermo...

VOZ MAGA.— Sí... Es casi heroico...

HORACIO.— Y como disto de ser un héroe, me parece mejor quedarme hasta que sepamos a qué atenernos...

LA MAGA.— (Entrando.) Entonces, quédate...

HORACIO.— Pero, ¿comprendes cómo y por qué renuncio a ese heroísmo?

LA MAGA.— Sí, claro...

HORACIO.— (*Invitándole a sentarse sobre él.*) A ver, explica por qué no me voy.

LA MAGA.— (*Se sienta sobre él y toma mate.*) no te vas porque eres bastante burgués y tomas en cuenta lo que pensarían Ronald, y Babs y los otros del Club...

HORACIO.— Exacto... Es bueno que veas que tú no tienes nada que ver en mi decisión... No me quedo por solidaridad, ni por lástima, ni porque hay que darle el biberón a Rocamadour... Y mucho menos porque tú y yo tengamos todavía algo en común... (*La acaricia y la besa en el cuello.*)

LA MAGA.— Eres tan cómico, a veces...

HORACIO.— Por supuesto. Bob Hope es un mierda a mi lado.

LA MAGA.— Cuando dices que ya no tenemos nada en común, pones la boca de una manera...

HORACIO.— Un poco así, ¿verdad? (*Mueca.*)

LA MAGA.— Sí, es increíble...

(*Ríen sofocadamente, a carcajadas, tapándose la boca el uno al otro para no hacer ruido. LA MAGA resbala de las rodillas de HORACIO y cae al suelo, entre sus piernas.*)

HORACIO.— Haz otra vez cómo pongo la boca cuando digo esas cosas...

LA MAGA.— Así... (*Mueca.*)

(*Nuevo ataque de risas. HORACIO se dobla sobre sí mismo y se besan al revés.*)

HORACIO.— Dime cómo hace el amor Gregorovius...

LA MAGA.— Lo hace muy bien... Muchísimo mejor que tú, y más seguido...

HORACIO.— Pero, ¿te retila la murta? No me vayas a mentir... ¿Te la retila de veras?

LA MAGA.— Muchísimo... Por todas partes, a veces demasiado... Es una sensación maravillosa...

HORACIO.— ¿Y te hace poner los plíneos entre las argustas?

LA MAGA.— Sí... Y después nos entreturramos los porcios, hasta que él dice basta, basta, y yo tampoco puedo más... Pero eso tú no lo puedes comprender: siempre te quedas en la gunfia más chica...

HORACIO.— Yo y cualquiera... Pero no olvides que apenas te amalaba yo el noema, a ti se te agolpaba el clésimo y caíamos en hidromurias, en salvajes ambonios, en sústalos exasperantes...

LA MAGA.— Sí, pero cada vez que procurabas relamar las incopelusas, te enredabas en un grimado quejumbroso y tenías que envulsionarte de cara al nóvalo...

HORACIO.— Eso era apenas al principio, porque en un momento dado tú te tordulabas los hurgalios, consintiendo en que yo aproximara suavemente mis orfelunios...

LA MAGA.— Y de pronto, era el clinón, la esterfurosa convulcante de la mátricas, la jadeollante embocapluvia del orgumio, los esproemios del merpasmoo...

HORACIO.— (*Incorporándose con cierta brusquedad.*) Este mate es una porquería... Yo me voy un rato a la calle.

LA MAGA.— ¿No quieres que te siga contando de Gregorovius?

HORACIO.— Me aburre mucho el glíglico... Además, tú siempre dices las mismas cosas...

LA MAGA.— El glíglico lo inventé yo. Tú sueltas cualquier cosa y te luces, pero no es el verdadero glíglico...

HORACIO.— Volviendo a Ossip...

LA MAGA.— No seas tonto, Horacio... Te digo que no me he acostado con él. ¿Tengo que hacerte el gran juramento de los sioux?

HORACIO.— No, al final me parece que te voy a creer.

LA MAGA.— Lo más probable es que acabe acostándome, pero serás tú el que lo habrás querido...

HORACIO.— Pero, ¿a ti te gusta realmente ese tipo?

LA MAGA.— No. Lo que pasa es que hay que pagar la farmacia... De ti no quiero ni un centavo, y a Ossip no le puedo pedir dinero y dejarle con las ilusiones.

HORACIO.— Sí, ya sé... Tu lado samaritano... Al padre de Rocamadour tampoco le podías dejar que llorara...

LA MAGA.— Tampoco, Horacio. Ya ves lo distintos que somos. (*Va junto a la ventana.*)

HORACIO.— Sí, la piedad no es mi fuerte...

Pero también yo podría llorar en una de esas, y entonces tú...

LA MAGA.— No te veo llorando... Para ti sería como un desperdicio.

HORACIO.— Alguna vez he llorado.

LA MAGA.— De rabia, solamente... Tú no sabes llorar, Horacio. Es una de las cosas que no sabes.

HORACIO.— *(Va junto a ella y la abraza.)* Nunca nos quisimos.

LA MAGA.— *(Cierra los ojos.)* No hables por mí. Tú no puedes saber si yo te quiero o no... Eso tampoco lo puedes saber...

HORACIO.— ¿Tan ciego me crees?

LA MAGA.— Al contrario... Te haría tanto bien quedarte un poco ciego...

HORACIO.— *(Se separa de ella.)* Ah, sí... El tacto que reemplaza las definiciones, el instinto que va más allá de la inteligencia... La vía mágica, la noche oscura del alma...

(Se escucha débilmente el lloriqueo del niño.)

LA MAGA.— Te haría bien.

HORACIO.— Mira, con lo que tengo me basta para saber que cada uno puede irse por su lado... Yo creo que necesito estar solo, Lucía... Realmente, no sé lo que voy a hacer. A ti y a Rocamadour... que me parece que se está despertando... os hago la injusticia de trataros mal, y no quiero que siga.

LA MAGA.— *(Que ha ido tras el biombo.)* Por mí y por el niño no tienes que preocuparte.

HORACIO.— *(Se prepara un nuevo mate.)* No me preocupo, pero andamos los tres enredándonos en los tobillos del otro, es incómodo y antiestético... Yo no seré lo bastante ciego, pero me alcanza para ver que te vas a arreglar perfectamente sin mí. Ninguna amiga mía se ha suicidado hasta ahora, aunque mi orgullo sangre al decirlo.

VOZ MAGA.— Sí, Horacio.

HORACIO.— De manera que si consigo reunir suficiente heroísmo para plantarte esta misma noche o mañana, aquí no ha pasado nada...

VOZ MAGA.— Nada.

HORACIO.— Tú le llevarás de nuevo el chico a madame Irene, y volverás a París a seguir tu vida...

VOZ MAGA.— Eso...

HORACIO.— Irás mucho al cine, seguirás leyendo novelas, te pasearás con riesgo de tu vida por los peores barrios y a las peores horas...

LA MAGA.— *(Aparece tras el biombo.)* Todo eso.

HORACIO.— Encontrarás muchísimas cosas extrañas en la calle, las traerás, fabricarás objetos... Wong te enseñará juegos malabares y Ossip te seguirá a dos metros de distancia, con las manos juntas y...

LA MAGA.— *(Corre junto a HORACIO y se abraza a él, casi llorando.)* Por favor, Horacio...

HORACIO.— Por supuesto que nos encontraremos mágicamente en los sitios más extraños, como aquella noche, en la Bastille, ¿te acuerdas?...

LA MAGA.— En la rue Daval.

HORACIO.— Yo estaba bastante borracho, y tú apareciste en la esquina y nos quedamos mirándonos como idiotas...

LA MAGA.— Porque yo creía que tú, esa noche, habías ido a un concierto...

HORACIO.— Y tú me habías dicho que tenías cita con madame Leonie...

LA MAGA.— Por eso nos hizo tanta gracia encontrarnos en la rue Daval...

HORACIO.— Tú llevabas el pulóver verde, y te habías parado en la esquina a consolar a un pederasta...

LA MAGA.— Le habían echado a golpes del café, y lloraba de una manera...

HORACIO.— Y otra vez, me acuerdo, yo salía del metro Mouton-Duvernet, y tú estabas sentada en la terraza de un café, con un negro y un filipino...

LA MAGA.— Y tú nunca me dijiste qué tenías que hacer por allí...

HORACIO.— Iba a una pedicura. Tenía una sala de espera empapelada con escenas de góndolas, palmeras, y unos amantes abrazados a la luz de la luna... ¿Te lo imaginas?

LA MAGA.— ¿Tú ibas por eso, no por los callos?

HORACIO.— No eran callos, hija mía. Una auténtica verruga en la planta del pie...

LA MAGA.— ¿Se te curó bien?

(*Ríen un momento, casi felices. Luego se separan. HORACIO busca un paquete de cigarrillos, que no encuentra, y LA MAGA pone un disco de «Lieder» de Schumann. Hay una larga pausa.*)

HORACIO.— Lo bueno de todo esto es que no le damos al melodrama... (*LA MAGA le mira.*) No me mires así. Si lo piensas un poco te darás cuenta de...

LA MAGA.— Me doy cuenta. No te miro así por eso.

HORACIO.— Ah, tú crees que...

LA MAGA.— Un poco, sí... Pero mejor no hablarlo más.

HORACIO.— Tienes razón... (*Pausa larga.*) Bueno, me parece que me voy a dar una vuelta... (*Se pone la chaqueta.*)

LA MAGA.— No vuelvas.

HORACIO.— (*Tras una pausa.*) En fin, no exageremos... ¿Dónde quieres que vaya a dormir? Debe haber cinco bajo cero...

LA MAGA.— Será mejor que no vuelvas, Horacio... Ahora me resulta fácil decírtelo. Comprende. (*Hay un silencio tenso.*)

HORACIO.— En fin, me parece que nos hemos congratulado demasiado pronto de nuestro... «savoir faire»...

LA MAGA.— Te tengo tanta lástima, Horacio...

HORACIO.— (*Molesto.*) Ah, eso no. Desapito ahí.

LA MAGA.— Tú sabes que yo a veces veo. Veo tan claro... Pensar que hace una hora se me ocurrió ir a tirarme al río...

HORACIO.— (*Intentando reír.*) ¡La desconocida del Sena!... Pero si tú nadas como un cisne...

LA MAGA.— Te tengo lástima. Ahora me doy cuenta. La noche que nos encontramos detrás de Notre-Dame también vi que... Pero no lo quise creer. Llevabas una camisa azul tan preciosa... Fue la primera vez que fuimos juntos a un hotel, ¿verdad? (*Se tumba en la cama.*)

HORACIO.— No, pero es igual... Y tú me enseñaste a hablar en glíglico...

LA MAGA.— Si te dijera que todo eso lo hice por lástima...

HORACIO.— (*Con cierto sobresalto.*) Vamos...

LA MAGA.— Esa noche tú corrías peligro. Se veía, era como una sirena a lo lejos... No se puede explicar.

HORACIO.— Mis peligros son sólo metafísicos... Créeme: a mí no me van a sacar del agua con ganchos...

LA MAGA.— No sé... Yo pienso a veces en matarme, pero veo que no lo voy a hacer. Y no creas que es sólo por Rocamadour... Antes de él era lo mismo. La idea de matarme me hace siempre bien... Pero tú, que no lo piensas... ¿Por qué dices «peligros metafísicos»? También hay ríos metafísicos, Horacio... Y tú te vas a tirar a uno de esos ríos...

HORACIO.— (*Trata de sacudirse cierta inquietud.*) A lo mejor, eso es el Tao.

LA MAGA.— A mí me pareció que yo podía protegerte... (*HORACIO va a interrumpirle molesto.*) No digas nada... En seguida me di cuenta de que no me necesitabas. Hacíamos el amor como dos músicos que se juntan para tocar sonatas...

HORACIO.— Precioso, lo que dices...

LA MAGA.— Era así: el piano iba por su lado y el violín por el suyo, y de eso salía la sonata... Pero, ya ves, en el fondo no nos encontrábamos. Me di cuenta en seguida... pero las sonatas eran tan hermosas...

HORACIO.— (*Va junto a ella, en la cama.*) Sí, querida.

LA MAGA.— Y el glíglico...

HORACIO.— También... (*La acaricia, retirándole la bata, sin quitársela.*)

LA MAGA.— Y todo, el Club, aquella noche en el Quai de Bercy, bajo los árboles, cuando cazábamos estrellas hasta la madrugada, y nos contábamos historias de príncipes, y tú tenías sed y compramos una botella de espumante carísimo, y bebimos a la orilla del río... (*Ella parece indiferente a sus caricias.*)

HORACIO.— Y entonces vino un clochard, y le dimos la mitad de la botella...

LA MAGA.— Y la noche que el soldado me tocó el traste en la Foire du Trône, y tú le diste un puñetazo, y nos metieron presos a todos...

HORACIO.— Que no te oiga Rocamadour.

LA MAGA.— Por suerte, Rocamadour no se

acordará nunca de ti, todavía no tiene nada detrás de los ojos. Como los pájaros que comen las migas que uno les tira... (*HORACIO deja de acariciarla.*) Te miran, las comen, se vuelan... No queda nada.

HORACIO.— (*Incorporándose.*) No. No queda nada.

(*HORACIO se arregla la ropa y el pelo y va a buscar su gabardina.*)

LA MAGA.— No te vayas...

HORACIO.— Una vuelta por ahí, nada más.

LA MAGA.— (*Va hacia él y le intenta arrebatar la gabardina.*) No, no te vayas...

HORACIO.— (*Desprendiéndose con cierta brusquedad.*) ¡Déjame! Sabes muy bien que voy a volver... por lo menos esta noche.

LA MAGA.— (*Muy alterada, se quita la bata y busca su ropa para vestirse.*) ¡Vamos juntos! ¿Ves?, Rocamadour duerme... Estará tranquilo hasta la hora del biberón... Vamos al café del barrio árabe, ese cafecito triste donde se está tan bien...

(*HORACIO interrumpe su agitada tentativa y la abraza. Ella queda a medio vestir, con un zapato puesto, llorosa.*)

HORACIO.— El canalla soy yo. Déjame pagar a mí. Lloro por tu hijo, que a lo mejor se muere, pero no malgastes lágrimas conmigo... (*LA MAGA se desprende violentamente de su abrazo y se deja caer al suelo, llorando, agarrada a sus piernas.*) Madre mía... Desde los tiempos de Zola no se veía una escena semejante... Déjame salir, por favor...

LA MAGA.— ¿Por qué?

HORACIO.— ¿Por qué, qué?

LA MAGA.— ¿Por qué?

HORACIO.— Ah, ¿quieres decir por qué todo esto?... Vete a saber... Yo creo que ni tú ni yo tenemos demasiado la culpa... No somos adultos, Lucía. Es un mérito que se paga caro... Los chicos se tiran siempre de los pelos después de haber jugado... Debe ser algo así... Habría que pensarlo... Sé que un día llegué a París, sé que estuve un tiempo viviendo de prestado, haciendo lo que otros hacen y viendo lo que otros ven... Sé que salías de un café de la rue de Cherche-Midi y que nos hablamos... Esa tarde todo anduvo mal, porque mis costumbres argentinas me

prohibían cruzar continuamente de una vereda a otra, para mirar las cosas más insignificantes en la vitrinas apenas iluminadas de unas calles que ya no recuerdo... Entonces te seguía de mala gana, encontrándote petulante y malcriada, hasta que te cansaste de no estar cansada y nos metimos en un café del Boul' Mich'... Y de golpe, entre dos medialunas, me contaste un gran pedazo de tu vida...

(*LA MAGA se ha desprendido de las piernas de HORACIO y, tras quedar un momento en el suelo, se incorpora y comienza a deambular por el cuarto como ausente, aún a medio vestir, recogiendo uno a uno los pañales que puso a tender. Mientras, HORACIO sigue hablando.*)

¿Cómo podía yo sospechar que aquello que parecía tan de mentiras, era verdadero?... Más tarde te creí, más tarde hubo razones, hubo madame Leonie que, mirándome la mano que había dormido en tu seno, me repitió casi tus mismas palabras...

LA MAGA.— (*Como ausente:*) «Ella sufre en alguna parte. Siempre ha sufrido. Es muy alegre, adora el amarillo, su pájaro es el mirlo, su hora la noche, su puente el Pont des Arts»...

HORACIO.— «Su hora la noche, su puente el Pont des Arts»... Y entonces, en esos días, íbamos a los cineclubs a ver películas mudas, porque yo con mi cultura, ¿no es cierto?... Y tú, pobrecita, no entendías nada de esa estridencia amarilla convulsa, previa a tu nacimiento... Pero, de repente, pasaba por ahí Harold Lloyd y entonces te sacudías el agua del sueño, y al final te convencías de que todo había estado muy bien, y comíamos hamburguesas en el Carrefour de l'Odeon, y nos íbamos en bicicleta a Montparnasse, a cualquier hotel, a cualquier almohada...

(*Entre tanto, LA MAGA ha desaparecido tras el biombo y, casi imperceptiblemente, ha vuelto la iluminación anterior a su entrada. Suena, desde el exterior, la musiquilla de un acordeón. HORACIO mira a su alrededor y repara en que está solo. Deja la gabardina sobre la silla en que estaba y va prepararse un mate.*)



Pero ya no te puedo hablar de esas cosas... Digamos que todo se acabó y que yo ando por ahí, vagando, dando vueltas, buscando el norte, el sur... si es que los busco... Pero, si no los buscara... si no los buscara... *(Queda pensativo. Luego, sacude sombríos pensamientos y prosigue.)* Para ti, la operación del amor es tan sencilla... Te curarás antes que yo, y eso que me quieres como yo no te quiero... Claro que te curarás, porque vives en la salud... Después de mí será cualquier otro, eso cambia como los corpiños...

(Por el lateral del proscenio opuesto a la puerta entra OSSIP con una botella envuelta en un hoja de periódico. Mira al público, mira y escucha a HORACIO y atraviesa despacio el proscenio, hasta la puerta.)

Yo no sé tomar, perdóname... Me alcanzabas una manzana, y yo había dejado los dientes en la mesa de luz... Stop, ya está bien así... ¿Por qué stop? Por miedo de empezar las fabricaciones: son tan fáciles... Sacas una idea de ahí, un sentimiento del otro estante, los atas con ayuda de palabras, perras negras, y resulta que... «te quiero»... Así viven muchos amigos míos. Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto... Como si se pudiera elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos... Pero estoy solo aquí, y las palabras, perras negras, se vengan como pueden... Tengo miedo de ese proxenetismo de tinta y de voces, mar de lenguas lamiendo el culo del mundo... Pero el amor, esa palabra...

(Se interrumpe al escuchar el ruido de la llave que OSSIP introduce en la cerradura. Va junto al tocadiscos y pone un disco de jazz, al tiempo que entra OSSIP y cierra la puerta tras de sí. Los dos hombres intercambian un vago saludo. OSSIP deja la botella sobre la mesa, se quita el abrigo, busca dos vasos, sirve y le ofrece uno a HORACIO. Mientras, observa el desorden que éste ha producido en el cuarto.)

HORACIO.— El desorden en que vivíamos... Es decir, el orden en que un bidé se va

convirtiendo por obra natural en discoteca y archivo de correspondencia... ese desorden me parecía una disciplina necesaria. Pero para ella no había desorden: lo supe en el mismo momento en que descubrí el contenido de su bolso... Cuántas veces, tirado en la cama que no se tendía en muchos días, oyendo llorar a la Maga porque en el metro un niño le había recordado a Rocamadour, se me ocurría como una especie de... eructo mental, que todo ese abecé de mi vida era una penosa estupidez...

(OSSIP se ha sentado en la cama. HORACIO, tras apurar su vaso, va a la botella y se sirve de nuevo. Lo hará repetidamente mientras monologa.)

La Maga se peinaba, se despeinaba, se volvía a peinar para parecerse a Leonor de Aquitania, pensaba en Rocamadour, cantaba algo de Hugo Wolf, mal, me besaba, me preguntaba por el peinado, se ponía a dibujar en un papelito amarillo... y todo eso era ella, indisolublemente... Mientras que yo, ahí, en una cama deliberadamente sucia, bebiendo una cerveza deliberadamente tibia, era siempre yo, yo y mi vida, yo con mi vida frente a la vida de los otros... ¿Cómo no había de amar a la Maga, y poseerla bajo decenas de techos a seiscientos francos, si en esa vertiginosa rayuela yo me reconocía y me nombraba, salido por fin del tiempo y sus jaulas, de las sacrosantas obligaciones castradoras, en un aire donde las últimas ataduras iban cayendo?... Con ella, el placer era espejo de reconciliación, espejo de alondras, pero espejo, algo como un sacramento de ser a ser, avance del sueño boca contra boca, a veces sin desligarnos, los sexos unidos y tibios, las manos acariciando un muslo, un cuello...

(Se interrumpe, mira a OSSIP y murmura:)

Es con la Maga con quien hablo, ahora que estamos tan lejos...

(Se sirve de nuevo y va junto a la ventana. OSSIP se sirve también y va junto a la puerta, mirando vagamente al público. Ambos se dan, pues, la espalda.)

Hay ríos metafísicos... Ella los nada, como esa golondrina está nadando en el aire, gi-

rando alucinada en torno al campanario, dejándose caer para levantarse mejor con el impulso. Yo describo y defino y deseo esos ríos... ella los nada. Yo los busco, los encuentro, los miro desde el puente... ella los nada. Y no lo sabe, igual que la golondrina. No necesita saber como yo, puede vivir en el desorden, sin que ninguna conciencia de orden la retenga... Ese desorden que es su orden misterioso, esa bohemia del cuerpo y del alma, que le abre de par en par las verdaderas puertas...

OSSIP.— *(Al público:)* No sé cómo era... No lo sabremos nunca... De ella conocíamos sus efectos en los demás. Éramos un poco sus espejos... o ella nuestro espejo. No se puede explicar... Era tan tonta... Hay una diferencia entre el ignorante y el tonto, y cualquiera lo sabe menos el tonto, por suerte para él... Ella creía que el estudio le daría inteligencia. Confundía saber con entender... Para mí, su tontería era el precio de ser tan vegetal, tan caracol, tan pegada a las cosas más misteriosas... No era capaz de creer en los nombres: tenía que apoyar el dedo sobre algo, y sólo entonces lo admitía... No se va muy lejos así. Es malo para vivir en una ciudad, para tener que ganarse la vida. Eso la iba mordiendo... Y se sentía muy poca cosa, rodeada de nuestras brillantes astucias... Pero ella estaba más cerca de todo lo que andábamos buscando, y lo sentía. Su único error era querer una prueba de que esa cercanía valía por todas nuestras retóricas... y nadie podía darle esa prueba, porque estábamos bien instalados en nuestra ciencia, con todas las respuestas al alcance de la mano... Y ya no sabemos hacer las preguntas capaces de liquidar tanto saber. *(Pausa.)* Por eso, cuando la Maga preguntaba por qué los árboles se abrigaban en verano... *(Se encoge de hombros.)* Pero es inútil, mejor callarse... No se puede explicar...

(Durante su monólogo, el cuarto ha ido quedando totalmente a oscuras. Al terminar, apura el vaso, hace un vago gesto hacia arriba y vuelve a iluminarse el cuarto, ahora de modo distinto a las ocasiones precedentes. HORACIO ha desaparecido y, en cambio, LA

MAGA está sentada a la mesa, tratando de escribir una carta. Hay papeles arrugados por el suelo, a su alrededor. Es evidente que no consigue expresar lo que quiere, pues aún inutiliza un par de hojas antes de que oigamos su voz. Cuando esto ocurre, OSSIP sale por el lateral del proscenio próximo a la puerta, tras lanzar una mirada al público y a LA MAGA. Pocos segundos después, se apagará la luz del descansillo.)

LA MAGA.— Bebé Rocamadour... bebé bebé... Rocamadour... Rocamadour... Ya sé que es como un espejo... Estás durmiendo o mirándote los pies...

(Al principio, las palabras de LA MAGA parecen corresponder a lo que su mano escribe, pero pronto se advertirá que ésta más bien parece dibujar y que la voz se independiza de la escritura.)

Yo aquí sostengo un espejo y creo que eres tú... Pero no lo creo... Te escribo porque no sabes leer... Si supieras, no te escribiría... o te escribiría cosas importantes... Alguna vez tendré que escribirte que te portes bien... o que te abrigues... Parece increíble que alguna vez, Rocamadour... Ahora solamente te escribo en el espejo... De vez en cuando tengo que secarme un dedo porque se moja de lágrimas... ¿Por qué, Rocamadour...

(Las lágrimas le impiden continuar y se incorpora. Con la hoja en la mano va a la mesa de luz y busca allí cigarrillos, mientras parece hablar al papel.)

No, no estoy triste... tu mamá es una tonta... se me quemó el borsch que había hecho para Horacio... Tú sabes quién es Horacio, Rocamadour... el señor que el domingo te llevó el conejito de terciopelo... y que se aburría mucho porque tú y yo...

(Saca un zapato de la mesa de noche y, de su interior, un paquete de cigarrillos casi vacío. Enciende uno y fuma.)

...porque tú y yo nos estábamos diciendo tantas cosas... y él quería volver a París. Entonces te pusiste a llorar y él te mostró cómo el conejito movía las orejas... En ese momento estaba hermoso, quiero decir Horacio, algún día comprenderás, Rocamadour...

(Tiene un arranque súbito y va junto al biombo.)

Rocamadour, es idiota llorar así porque el borsch se ha quemado... Tu cuarto está lleno de remolacha, Rocamadour... Te divertirías si vieras los pedazos de remolacha y la crema, todo tirado por el suelo... Menos mal que cuando venga Horacio ya habré limpiado, pero primero tenía que escribirte, llorar así es tan tonto, las cacerolas se ponen blandas, se ven como halos en los vidrios de las ventanas... y ya no se oye cantar a la chica del piso de arriba, que canta todo el día «Les amants du Havre»... Cuando estemos juntos te lo cantaré, ya verás... *(Canturrea.)*

«Puisque la terre est ronde,
mon amour, t'en fais pas,
mon amour, t'en fais pas...».

Horacio la silba de noche cuando escribe o dibuja. A ti te gustaría, Rocamadour...

(Vuelve a la mesa cantando y empieza a escribir otra hoja.)

Rocamadour, madame Irène no está contenta de que seas tan lindo, tan alegre, tan llorón y gritón y meón...

(Deja de escribir y mira frente a sí, ceñuda.)

Ella dice que todo está muy bien y que eres un niño encantador, pero mientras habla esconde las manos en los bolsillos del delantal, como hacen algunos animales malignos, Rocamadour, y eso me da miedo... Cuando se lo dije a Horacio, se reía mucho, pero no se da cuenta de que yo lo siento, y que aunque no haya ningún animal maligno que esconde las manos, yo siento... No sé lo que siento, no lo puedo explicar, pero...

(Se levanta y va junto a la ventana.)

Rocamadour, si en tus ojitos pudiera leer lo que ha pasado en esos quince días, momento por momento... Me parece que voy a buscar otra «nourrice», aunque Horacio se ponga furioso y diga... Pero a ti no te interesa lo que él dice de mí... Otra «nourrice» que hable menos, no importa si dice que eres malo o que lloras de noche o que no quieres comer... No importa si cuando me

lo dice yo siento que no es maligna, que me está diciendo algo que no puede dañarte... Todo es tan raro...

(Toma un cepillo del pelo y comienza a peinarse y despeinarse.)

Todo es tan raro, Rocamadour, por ejemplo: me gusta decir tu nombre y escribirlo, cada vez me parece que te toco la punta de la nariz y que te ríes...

(Va rápidamente a la mesa y, sin sentarse, escribe en varias hojas el nombre de Rocamadour, murmurándolo feliz. Luego va depositando las hojas en distintos lugares del cuarto.)

En cambio, madame Irène no te llama nunca por tu nombre: dice «l'enfant»... Fíjate, ni siquiera dice «le gosse», dice «l'enfant»... Es como si se pusiera guantes de goma para hablar... A lo mejor los tiene puestos y por eso se mete las manos en los bolsillos y dice que eres tan bueno y tan bonito...

(Vuelve a tomar el cepillo y a experimentar con su pelo.)

Hay una cosa que se llama tiempo, Rocamadour, es como un bicho que anda y anda...

(Deja de peinarse, intenta pensar, pero desiste.)

No te lo puedo explicar, porque eres tan chico... pero quiero decir que Horacio llegará enseguida...

(Sin dejar de peinarse, se acerca a la mesa y mira los papeles.)

¿Le dejo leer mi carta para que él también te diga alguna cosa... No, yo tampoco querría que nadie leyera una carta que es solamente para mí... Un gran secreto entre los dos, Rocamadour... Un gran secreto...

(Se mira en un espejo. Luego va a encender otro cigarillo, aunque el primero aún humea, abandonado en algún cenicero.)

Ya no lloro más, estoy contenta...

(Se sienta lateralmente en el sillón.)

Pero es tan difícil entender las cosas, necesito tanto tiempo para entender un poco eso que Horacio y los otros entienden en seguida... Pero ellos, que todo lo entienden tan bien, no nos pueden entender a ti y a mí, no entienden que yo no pueda tenerte con-

migo, darte de comer y cambiarte los pañales, hacerte dormir o jugar... No entienden y en realidad no les importa, y a mí que tanto me importa... solamente sé que no te puedo tener aquí conmigo, que es malo para los dos, que tengo que estar sola con Horacio, vivir con Horacio, quién sabe hasta cuándo, ayudándole a buscar lo que él busca... y que también tú buscarás, Rocamadour, porque serás un hombre y también buscarás... como un gran tonto...

(Suena una musiquilla callejera. LA MAGA se incorpora y va junto a la ventana, mirando hacia el exterior.)

Es así, Rocamadour: en París somos como hongos, crecemos en los pasamanos de las escaleras, en cuartos oscuros donde huele a sebo, donde la gente hace todo el tiempo el amor y después fríe huevos y pone discos de Vivaldi, enciende los cigarrillos y habla como Horacio y Gregorovius y Wong y yo, Rocamadour, y como Perico y Ronald y Babs... Todos hacemos el amor y freímos huevos y fumamos... Ah, no puedes saber todo lo que fumamos, todo lo que hacemos el amor, de pie, acostados, de rodillas, con las manos, con las bocas, llorando o cantando, y afuera hay de todo, las ventanas dan al aire y eso empieza con un gorrión o una gotera... Llueve muchísimo aquí, Rocamadour, mucho más que en el campo, y las cosas se herrumbren...

(Se aleja de la ventana y comienza a sacar ropa de un mueble, que examina, coloca un momento sobre su cuerpo y luego deja aquí y allá, en el suelo o sobre las sillas.)

Las canaletas, las patas de las palomas, los alambres con que Horacio fabrica esculturas... Casi no tenemos ropa, nos arreglamos con tan poco: un buen abrigo, unos zapatos en los que no entre el agua... Somos muy sucios, todo el mundo es muy sucio y hermoso en París, Rocamadour... Las camas huelen a noche y a sueño pesado, debajo hay pelusas y libros, Horacio... Horacio se duerme y el libro va a parar debajo de la cama, hay peleas terribles porque los libros no aparecen y Horacio cree que se los ha

robado Ossip, hasta que un día aparecen y nos reímos... Y casi no hay sitio para poner nada, ni siquiera otro par de zapatos, Rocamadour... Para poner una palangana en el suelo hay que sacar el tocadiscos, pero, ¿dónde ponerlo, si la mesa está llena de libros?...

(Deja la ropa y queda inmóvil, con zapatos puestos, en medio de un gran desorden, que mira angustiada.)

Yo no te podría tener aquí...

(Va a la mesa y escribe precipitadamente.)

Aunque seas tan pequeño, no cabrías en ninguna parte, te golpearías contra las paredes. Cuando pienso en eso me pongo a llorar, Horacio no entiende, cree que soy mala, que hago mal en no traerte...

(Deja de escribir.)

... aunque sé que no te aguantaría mucho tiempo...

(Enciende un cigarrillo.)

Nadie se aguanta aquí mucho tiempo, ni siquiera tú y yo... Hay que vivir combatiéndose, es la ley, la única manera que vale la pena... pero duele, Rocamadour, y es sucio y amargo, a ti... no te gustaría, tú que ves a veces los corderitos en el campo, o que oyes los pájaros parados en la veleta de la casa...

(Va a buscar un pañuelo y se suena ruidosamente.)

Horacio me trata de sentimental, me trata de materialista, me trata de todo porque no te traigo o porque quiero traerte, porque renuncio, porque quiero ir a verte, porque de golpe comprendo que no puedo ir, porque soy capaz de caminar una hora bajo el agua si en algún barrio que no conozco pasan «El acorazado Potemkin», y hay que verlo aunque se caiga el mundo, Rocamadour, porque el mundo ya no importa si uno no tiene fuerzas para seguir eligiendo algo verdadero, si uno se ordena como un cajón de la cómoda y te pone a ti de un lado, el domingo de otro, el amor de madre, el juguete nuevo, la gare de Montparnasse, el tren, la visita que hay que hacer... ¡No me da la gana de ir, Rocamadour...! Y tú sabes que está bien y no estás triste...

(Va a la mesa y escribe:)

«No... estás... triste... ».

(Mira ante sí.)

Horacio tiene razón: no me importa nada de ti a veces... y creo que eso me lo agradecerás un día, cuando comprendas, cuando veas que valía la pena que yo fuera como soy...

(Toma todos los papeles de sobre la mesa y se incorpora: algunos se le caen al suelo.)

Pero lloro lo mismo, Rocamadour, y te escribo esta carta porque no sé... porque a lo mejor me equivoco... porque a lo mejor soy mala o estoy enferma o un poco idiota... no mucho, un poco... pero eso es terrible, la

sola idea me da cólicos, tengo completamente metidos para adentro los dedos de los pies, voy a reventar los zapatos si no me los saco, y te quiero tanto, Rocamadour...

(Se arrodilla en el suelo con las hojas y las va extendiendo ante sí con sumo cuidado.)

... bebé Rocamadour, dientecito de ajo, te quiero tanto, nariz de azúcar... arbolito... caballito de juguete...

(Va soplando una a una de las hojas, que se deslizan a ras del suelo.)

Rocamadour... bebé bebé... Rocamadour...

OSCURO